



AINKAA

Revista de Estudiantes de Ciencia Política

Volumen 9 - N° 16

Julio 2024 - febrero de 2025

e-ISSN: 2590-7832

Recibido: 31-01-2025

Aceptado: 21-02-2025

Cómo citar esta traducción: Sánchez, M. F., & Restrepo Calvo, J. (2025). La Política Internacional en la Era Trump: Impacto y desafíos para Colombia. Entrevista a Pedro Piedrahíta Bustamante. Ainkaa, Revista de Estudiantes de Ciencia Política, 9 (16), 121-133

Entrevista a
Pedro Piedrahíta Bustamante

La Política Internacional en la Era Trump: Impacto y Desafíos para Colombia

**Maria Fernanda Sanchez
Jeraldine Restrepo Calvo**
Universidad Nacional de Colombia,



La Política Internacional en la Era Trump: Impacto y Desafíos para Colombia

Entrevista a Pedro Piedrahíta Bustamante*

Por Maria Fernanda Sanchez** (MRS)

y Jeraldine Restrepo Calvo*** (JR)

La política exterior de Colombia enfrenta nuevos desafíos con el segundo mandato de Donald Trump en Estados Unidos. A lo largo de su trayectoria, Trump ha mantenido una postura poco convencional en las relaciones internacionales, generando tensiones con diversos países, donde Colombia no ha sido la excepción. Los recientes choques diplomáticos entre el presidente Gustavo Petro y el presidente estadounidense abren un debate sobre el futuro de la cooperación bilateral, la gestión de la migración y el papel de la diplomacia colombiana en un contexto global cada vez más complejo.

Para entender mejor estas dinámicas, conversamos con Pedro Piedrahíta Bustamante, doctor en Cuestiones Actuales del Derecho Español e Internacional de la Universidad Alfonso X El Sabio (UAX) en Madrid y actualmente adscrito al Departamento de Ciencia Política como profesor. A través de su análisis, exploramos las implicaciones de estos conflictos, el papel de la Cancillería en su manejo y cómo la cultura de la cancelación ha transformado el debate público y la toma de decisiones en el ámbito internacional.

* Doctorado en Cuestiones Actuales del Derecho Español e Internacional de la Universidad Alfonso X El Sabio (UAX) en Madrid. Actualmente adscrito al Departamento de Ciencia Política como profesor. Correo: pdpiedrahitab@unal.edu.co

** Estudiante de Ciencia Política de la Universidad Nacional de Colombia, Medellín.

*** Estudiante de Ciencia Política de la Universidad Nacional de Colombia, Medellín.

Entrevistadora JR: ¿Qué papel cree usted que cumple la figura de Donald Trump en las dinámicas políticas actuales?

Entrevistado PP: Yo creo que, para comprender a Donald Trump, es necesario abordar varios aspectos que he mencionado en clases y que ahora intentaré sistematizar.

Primero, hay que ubicar a Donald Trump no como un político profesional en el sentido weberiano del término, sino más bien como un empresario que hace política. Por tanto, lo considero más un representante de las élites económicas. Porque su trayectoria política es muy reciente, mientras que su trayectoria como empresario es su esencia. Entonces, lo ubico en ese contexto.

Por supuesto, los empresarios y las élites económicas hacen política, pero históricamente su participación no había sido directa ni electoral. Sin embargo, Trump, al igual que otros líderes actuales, representa lo que varios autores de la Ciencia Política —como Leonardo Morlino, Pippa Norris y Adam Przeworski— denominan “la derecha radical”. Este contexto ya nos da pistas sobre lo que Trump significa dentro del orden y sistema internacional, como un representante coherente del sistema de capital.

Ahora bien, aunque me genera cierta incomodidad el término, me referiré a él como un “líder político” y no como un político profesional. Es un líder político, pero con una base de apoyo en las élites económicas.

Y bien, ¿qué cambia con Donald Trump? Lo que él hace ya no es permanecer tras bambalinas, como históricamente

han hecho las élites económicas, que suelen estar detrás de los políticos, sobre todo como financiadores que garantizan sus intereses privados. Desde 2016, Trump sale a la luz pública y se presenta directamente al proceso electoral. Esto marca un elemento novedoso dentro del auge de lo que algunos autores llaman la “democracia autoritaria” o los “autoritarismos”. Otros autores prefieren hablar de la “democracia iliberal”.

¿Y por qué iliberal? Porque es una democracia que tiene proceso electoral, que tiene instituciones y procesos de representación, pero que presenta dos características fundamentales: por un lado, un liderazgo autoritario que utiliza un lenguaje populista muy diferente al populismo del siglo XX, el cual estaba marcado por la idea del pueblo y el pueblo oprimido. Ahora, en cambio, son las élites económicas, como Donald Trump, quienes se presentan como representantes de ese “nuevo pueblo”, un pueblo que ahora se enfrenta a las élites políticas, consideradas como el enemigo, uno de los enemigos, porque no resuelven —y no han resuelto— los problemas sociales, económicos y de todo tipo.

Entonces, yo creo que ese es el primer elemento que diferencia a Donald Trump en todo este contexto y que va a ser importante. Es un error, por ejemplo, comparar a un Donald Trump con un Álvaro Uribe, con un Sebastián Piñera o un Macri. Porque ellos han tenido otra trayectoria política, en términos de formación y antecedentes políticos son completamente distintos.

El segundo elemento que quiero destacar es el de la crisis de la democracia. De hecho, diversos estudiosos han analizado esta crisis en Europa, mientras que otros se han enfocado en América Latina o, si lo preferimos, en términos del norte global y el sur global. ¿Qué se encuentra ahí en términos de diferencias y similitudes, y por qué la figura de Donald Trump es importante?

Primero, porque rompe el paradigma de las crisis democráticas. Desde Marx, se había consolidado la idea de que los países desarrollados —es decir, los países industrializados y con una base económica sólida— tendían a la democratización, entendida en el sentido de Charles Tilly: como un proceso en el que aumentan las libertades y las garantías de derechos.

Pero Trump rompe con esto al entrar con un discurso que no promueve la democratización, sino la desdemocratización, entendida como el auge de un autoritarismo. Esto marca una ruptura, ya que los investigadores que han estudiado Europa, en particular Europa Oriental y el auge de las derechas radicales en Italia y otras partes del continente, han analizado ampliamente la erosión o crisis democrática en Gran Bretaña tras el Brexit.

Por ejemplo, Leonardo Morlino editó un libro muy interesante en 2021 sobre el auge de los populismos y las democracias autoritarias. En él, analiza cómo la crisis económica de 2008 a 2014 tuvo implicaciones directas en la crisis democrática en Europa. Sin embargo, a partir de 2017, surge los estudios centrados en Donald Trump y lo novedoso es que rompe

con la idea marxista de que una economía sólida garantiza mayor democracia y, sobre todo, menos desigualdad.

Ahora, en términos internacionales, Trump adoptó una política similar a la de un empresario del siglo XIX, aún receloso de integrarse plenamente en las dinámicas de la economía internacional y globalizada que se fortaleció durante el siglo XX y que hoy alcanza su máximo esplendor en un mundo interconectado.

En 2017, yo decía: “Donald Trump es un empresario del siglo XIX haciendo política”. Esa fue su primera versión, pero lo que hemos visto en los primeros días de su actual gobierno es un ajuste en su enfoque. Es una combinación peculiar: un aislacionismo propio del siglo XIX, reflejado en su lema *America First*, que busca centrar la atención en Estados Unidos. Para muchas personas, esto tiene sentido, especialmente considerando que la crisis económica de 2008 tuvo repercusiones hasta 2015-2016 y que, posteriormente, la pandemia desató una nueva crisis económica con un impacto directo en la población.

En este escenario, la población en diferentes países manifiesta que las “élites políticas tradicionales nunca han resuelto nada”. Y es ahí donde emergen figuras como Trump, Milei, Bolsonaro, Nayib Bukele, Orbán o incluso Recep Tayyip Erdogan en Turquía, quien, aunque no lidera una democracia en el sentido clásico, utiliza un discurso efectista que promete soluciones simples a problemas complejos. Además, se fortalece una narrativa clave: “la política no necesita políticos, sino buenos administradores”. De ahí que estos líderes enfoquen sus discursos en la eficacia

administrativa, promoviendo la reducción del Estado y políticas neoliberales de libre mercado absoluto. Esto, por supuesto, tiene implicaciones directas en términos de Derechos, un aspecto que podríamos abordar más adelante.

Dicho esto, veo que Donald Trump, por ahora, ha realizado un ajuste en su política. Mezcla el aislacionismo como una justificación para no gastar dinero en el sistema internacional ni en la cooperación internacional, bajo el argumento de que su prioridad es resolver los problemas económicos y sociales de su país.

Lo que aún está por verse —y la historia ya nos ha dado algunas pistas al respecto— es si sus deportaciones masivas y su discurso xenofóbico serán realmente una solución para la economía o, al menos, para el problema del desempleo. Aunque, si somos realistas, Estados Unidos no atraviesa actualmente una crisis económica significativa. Tras la pandemia, si bien no se ha resuelto del todo, el problema de la inflación ha mejorado y el desempleo no es alarmante. Por lo tanto, aún no es claro qué impacto tendrán estas medidas en ese sentido.

En términos internacionales, esta versión de Donald Trump también puede generar efectos en otros países que se encuentran en un estado de hastío, especialmente en el ámbito sociocultural, debido a las implicaciones de la migración. Hasta 2017-2018, era común ver en Europa —en países como Alemania, Francia y España— banderas y pancartas con mensajes de bienvenida a refugiados y migrantes, impulsadas por un discurso humanitario

ante los conflictos en Oriente Medio. Italia, aunque con menos entusiasmo debido a sus propios problemas económicos, también participó de este fenómeno.

Sin embargo, después de la pandemia, el desempleo, la inflación y la crisis económica cambiaron el panorama. A esto se suman tensiones culturales, como los casos de racismo y xenofobia que se han registrado en Alemania contra migrantes musulmanes, afrodescendientes y de otras comunidades, evocando episodios grotescos del siglo XX. Parte del descontento social radica en la percepción de que estos migrantes acceden fácilmente al estado de bienestar sin contribuir en términos de impuestos para su sostenimiento, lo que incluye el sistema de salud, la educación, entre otros servicios. Pero también hay un rechazo que se manifiesta en aspectos más cotidianos, como la molestia por la falta de adaptación de algunos migrantes a normas básicas de convivencia, como la gestión de residuos y el manejo de la basura.

Este tipo de situaciones empieza a generar problemas de convivencia, y la pregunta que me hago es si los discursos de Donald Trump desde Estados Unidos pueden tener implicaciones en el surgimiento de otros líderes con narrativas similares en otras partes del mundo. En última instancia, estos discursos ofrecen respuestas fáciles, directas y sencillas a problemas complejos, lo que resulta atractivo para muchas personas.

Por ejemplo, cuando alguien enfrenta el desempleo, es común que busque una explicación sencilla y una solución inmediata. Pippa Norris, en su libro *La*

derecha radical (2010), destacó que uno de los factores clave para entender el auge de la derecha radical en el mundo es precisamente el respaldo que recibe de sectores de las clases bajas. Esto no es un fenómeno completamente nuevo, ya que históricamente muchas clases bajas han apoyado a las derechas radicales en diferentes contextos. Sin embargo, lo interesante aquí es que estos sectores son precisamente los más afectados por la falta de empleo y servicios sociales, lo que los hace particularmente receptivos a discursos como el de Trump, que es abiertamente anti-migración y xenófobo.

Pero el fenómeno no se detiene ahí. Estudios recientes han evidenciado que también las personas apáticas a la política encuentran atractivos los discursos y las políticas de Trump con su mensaje simple y directo. En mis clases, suelo comparar el discurso de Trump con el de Gustavo Petro. El discurso de Petro es elaborado, lleno de referencias y citas históricas, pero la realidad es que muchas personas del común tienen dificultades para comprenderlo. En contraste, Trump presenta un mensaje sencillo: “el migrante es un delincuente y lo voy a deportar”. Si al día siguiente efectivamente deporta a un grupo de migrantes, la percepción de eficacia es inmediata, sin las complicaciones burocráticas que suelen caracterizar a los Estados occidentales.

Con todo, creo que la figura de Donald Trump debe analizarse desde dos dimensiones: primero, como un representante de la élite económica, y segundo, como un nuevo tipo de liderazgo político que está transformando algunos procesos

de la democracia. Esto nos lleva a hablar de la “democracia iliberal”, caracterizada por un discurso de derecha radical y xenófobo, así como por lo que algunos autores denominan *post-populismo* o *populismo de élite*. En este modelo, una élite ataca a otras élites, configurando un nuevo escenario político.

La gran incógnita es si este fenómeno generará un “efecto bola de nieve”, en el que en otros países se comience a emular este tipo de liderazgos. Como académico, otra pregunta que me inquieta es si la izquierda responderá de manera similar. No en términos ideológicos, pero sí en términos discursivos y estratégicos, utilizando los mismos mecanismos que hoy emplean estas agrupaciones políticas: populismo, desinformación y una retórica basada en la administración efectiva.

¿La izquierda también adoptará este tipo de estrategias para conquistar a sus electores? Esa es una pregunta que sigue abierta.

Entrevistadora JR: En su opinión, ¿Donald Trump representa el inicio de un nuevo fenómeno político o es el resultado de procesos que ya se venían gestando?

Entrevistado PP: Esa pregunta ya se ha hecho en la academia, y, de hecho, lo que plantean diferentes teóricos es que la crisis de la democracia debe entenderse como un círculo vicioso. Los europeos no utilizan esta expresión, ya que es latinoamericana. Ellos emplean el término “espiral descendente”. Esa es la expresión que se usa en Europa para lo que nosotros llamamos un círculo vicioso. Algunos europeos incluso la llaman la “espiral del infierno”. Esta espiral descendente hace que figuras como Donald Trump

sean tanto la causa como el efecto de lo que llamamos la crisis o la erosión de la democracia. ¿Por qué es la causa? Porque la democracia liberal no ha cumplido muchas de sus promesas. ¿Qué promesas no ha cumplido?

Primero, la promesa de la eliminación de los poderes secretos dentro del Estado. Y es que es complejo eliminarlos cuando son precisamente esos poderes secretos los que emergen para gobernar, como las élites económicas. Segundo, la democracia no cumplió con la idea de la representación. Por eso, en muchas manifestaciones, como el estallido social en América Latina en 2019, 2020 y 2021, e incluso en protestas de la derecha radical en contra de lo que llamaban “ideología de género”, se repetía la misma consigna: los políticos no nos representan. Es decir, existe una crisis de representación. La gente ya no quiere más políticos, sino líderes como Trump, Milei, Bukele, Orbán, etc. Y, tercero, la democracia también incumplió la promesa de la reducción de las desigualdades. Eliminar la desigualdad por completo tal vez no, pero al menos se esperaba una disminución significativa.

Y es causa, porque el incumplimiento de estas promesas genera insatisfacción social, y esa insatisfacción social es lo que luego “intentan” de resolver estos líderes. Sin embargo, sus discursos y formas de gobernar terminan restringiendo aún más la democracia. Por eso, estos líderes son causa y efecto: aparecen como la solución, pero en realidad minan la democracia.

Por ejemplo, cuando Javier Milei, a través de su vocero, el Secretario de Comunicación y Medios Manuel Adorni, dice

que eliminará figuras como el feminicidio porque “todos somos iguales”, está cometiendo un error conceptual tremendo. No se trata de igualdad en abstracto, sino de igualdad de Derechos y de igualdad ante la ley. En ese sentido, el argumento de Adorni tiene cierta lógica, pero primero se debe reconocer que existen diferencias sustanciales entre hombres y mujeres. La democracia crea mecanismos para equilibrar esas diferencias y garantizar un trato igualitario ante la norma. Este tipo de discursos siguen restringiendo la democracia. Por ejemplo, Trump y Milei, que han mostrado afinidad política, rechazan el lenguaje inclusivo con un argumento de eficiencia económica: eliminar “las”, “los” y “les” ahorraría dinero. Pero este tipo de medidas no solucionan los problemas de fondo.

Sobre el tema migratorio, hay una idea que mencioné antes y que dejé sin desarrollar. Por ejemplo, decir que los migrantes son delincuentes es negarles derechos. En su momento, la Secretaria de Seguridad Nacional de EE.UU., Kristi Noem, respondió en una rueda de prensa sobre si los migrantes tenían antecedentes criminales. Su respuesta fue técnicamente correcta: dijo que sí, porque al estar en el país de manera ilegal, ya estaban cometiendo un delito. Sin embargo, este incumplimiento normativo está amparado bajo un Derecho Humano a migrar.

En conclusión, esto es tanto causa como efecto. Aquí es donde los politólogos entramos en el terreno de las proyecciones: ¿resolverá esto la crisis de la democracia? En una visión pesimista, creo que la

profundizará. Sin embargo, hay autores que sostienen que esto no es tan grave. Algunos plantean que es simplemente una “crisis de la mediana edad” de la democracia, una fase de adaptación. La pregunta es: ¿seguiremos teniendo las mismas garantías de Derechos? En clase veíamos cómo, al principio, la gente pedía libertad; luego, exigía más cosas. Hoy en día pedimos derechos para las mascotas o incluso para los ríos, en coherencia con el discurso ambientalista y del cambio climático. ¿Desaparecerán estas demandas en el futuro?

También hay autores que ven a Trump como una respuesta al incumplimiento de la democracia. Es decir, su figura surge para resolver esas fallas. Esa es una visión optimista. Otra perspectiva es la de Steven Levitsky, quien en *How Democracies Die* (Cómo mueren las democracias) dice que la democracia no desaparecerá. Pero otros autores responden: “El mundo ha cambiado”. Si buscamos el fin de la democracia con los parámetros del siglo XX (dictaduras), es cierto que Trump no encaja. No es un dictador, pero sí un autócrata en su estilo de gobierno.

Esto plantea preguntas importantes para los politólogos y politólogas. Si Trump es un “demócrata autoritario”, esa podría ser una nueva categoría para estudiar. Pero esto lleva a preguntarnos cosas como: ¿y cuál es la diferencia con Nicolás Maduro en Venezuela?

Por ejemplo, en 2018, Madeleine Albright, ex secretaria de Estado de EE.UU, publicó el libro “Fascismo: una advertencia” en el que argumenta que el fascismo no es una ideología, sino una forma de

gobernar, de administrar y una forma discursiva. Ella menciona a Trump como un ejemplo y sugiere que en esta democracia iliberal tendremos presidentes autócratas. Pero ya no será una democracia liberal ni moderna, sino una democracia artificial.

Pero quiero volver a uno de los cambios económicos que plantea Trump. En su discurso, promueve la xenofobia y el aislamiento de Estados Unidos, pero, al mismo tiempo, impulsa la competencia en términos tecnológicos que hoy son: inteligencia artificial y transición energética. Aunque a él no le gusta el concepto de “cambio climático”, la actual competencia geopolítica se centra en las energías limpias y desde su posesión vimos que los principales líderes empresariales de estos sectores han tomado protagonismo. En este contexto, podríamos hablar de un concepto interesante: la democracia artificial.

Entrevistadora JR: En relación con lo que usted mencionaba, me surge una duda sobre el papel de China. ¿Qué rol podría desempeñar en el futuro? Aunque no es una democracia en el sentido occidental, su discurso a favor del libre mercado parece estar ganando adeptos. Por otro lado, Estados Unidos, que históricamente se ha proclamado líder del libre mercado, suele responder con bloqueos cuando enfrenta competencia. ¿Cómo interpreta usted esta dinámica?

Entrevistado PP: Es un dilema similar al de Venezuela. Las democracias occidentales tratan con guantes de seda a China, especialmente desde que se convirtió en un actor clave en el sistema capitalista.

Recientemente, Marco Rubio mencionaba que “los chinos nos han engañado”. Haciendo referencia a que Estados

Unidos invitó al Partido Comunista Chino a integrarse al sistema de capital, pero considera que ha traicionado esa invitación al desafiar su hegemonía¹. ¿Por qué? Porque básicamente mordió la mano del que lo invitó a ser parte del club del capitalismo.

Aquí surge una pregunta importante: ¿cuál es la diferencia entre la autocracia china y otros nuevos regímenes autocráticos? China se autodenomina democrática, pero su sistema de partido único restringe libertades que, en Occidente, consideramos esenciales. En términos políticos, las diferencias con otras autocracias no son significativas. De fondo, esto podría no significar ningún cambio relevante, o tal vez sí. Quizás esta entrevista envejezca rápido y en unos meses todo siga igual, pero lo que sí veo es una reconfiguración del sistema y sobre todo del orden internacional, porque recordemos que el sistema global actual no surgió de manera espontánea, sino que fue impuesto por Estados Unidos con dos principios clave: la libertad en términos políticos y el capitalismo.

Por eso, su versión de la democracia es la que intenta replicarse en el mundo. Cualquier país que se desvíe de ese modelo es sancionado o bloqueado, como ha ocurrido con Venezuela. China, sin embargo, rara vez recibe represalias porque tiene capital. Si los creadores de la ONU no cumplen las normas que establecieron, la organización pierde su fundamento. Otro aspecto clave, que es muy interesante para

nuestra disciplina, es que estamos en la fase final de un proceso de reordenamiento internacional. De aquí surgirá un nuevo orden con dinámicas diferentes y, sin duda, muy interesantes.

Entrevistadora MF: *Ya yendo a un contexto más local, respecto a los recientes enfrentamientos entre los presidentes de Colombia y Estados Unidos, ¿cuáles podrían ser los escenarios políticos más probables para Colombia en el corto y mediano plazo?*

Entrevistado PP: En el corto plazo, sin tomar posición frente a las posturas de Petro o de Trump, la decisión que toma Gustavo Petro fue un error diplomático. Independientemente de si estamos de acuerdo o no con su postura, la decisión de confrontar a Estados Unidos rompe con la tradición de diplomacia prudente que ha caracterizado a Colombia. Nuestra Cancillería cuenta con profesionales altamente capacitados, pero muchas veces no se aprovechan porque los cargos diplomáticos son ocupados por nombramientos políticos.

Claro que hemos tenido varios errores en el pasado. Por ejemplo, siempre he considerado un error romper relaciones con Venezuela: usted no puede estar peleado con el vecino, así piense muy diferente; tenga buenas relaciones con el vecino, sobre todo cuando sus economías y sus sociedades están tan interconectadas. En este caso, creo que Petro rompió esa tradición del adecuado manejo diplomático y del respeto a las formas en el Derecho Internacional.

Brasil y México también han expresado su rechazo a las deportaciones masivas que han vulnerado Derechos

1. Bloomberg. (2025). Marco Rubio dirá que China engañó para ser una superpotencia. <https://www.bloomberg.com/news/articles/2025-01-14/marco-rubio-dira-que-china-engano-para-ser-una-superpotencia>

Fundamentales, como dicen en la película colombiana *La estrategia del caracol* “¿para qué le sirve a usted la dignidad?” La dignidad humana es innegociable, puede tratarse de un delincuente, lo que sea, pero es la dignidad humana.

Más allá de eso, a corto plazo, esto deteriorará aún más la relación con Estados Unidos. Durante los próximos 18 a 20 meses, podemos esperar una relación tensa y una posible reducción en la cooperación. Colombia ha sido, en los últimos 30 o 40 años, el principal socio de Estados Unidos en la región, y este distanciamiento tendrá implicaciones.

En el largo plazo, el panorama cambia. Hay que entender este conflicto en el marco de la campaña electoral, antes y durante. La tensión durará lo que reste del mandato de Petro, pero también representa una oportunidad para que un candidato o candidata, un líder o lideresa de las élites económicas llegue a la presidencia y restablezca la relación con Estados Unidos.

Y un punto adicional que yo creo que hace parte de las preocupaciones y también de la agenda, tanto en lo que queda de este gobierno como en el próximo, y es lo que vaya a suceder en el Tapón del Darién. Creo que la postura de Trump hacia Panamá y, en última instancia, hacia Colombia, responde a su estrategia de control migratorio. Limitar la migración únicamente en la frontera con México es complicado, por lo que una doble contención, tanto en Panamá como en México, podría funcionar temporalmente. Digo “temporalmente” porque esto no es nuevo. No es la primera vez que un presidente

estadounidense implementa políticas en contra de los migrantes y ordena deportaciones masivas. De hecho, el profesor Juan Gabriel Tokatlian mencionaba recientemente que el “deportador serial” de Estados Unidos ha sido Joe Biden, quien ha deportado más personas que cualquier otro presidente. Paradójicamente, el segundo lugar lo ocupa Obama, ambos demócratas. En tercer puesto está George Bush y, en cuarto, Donald Trump, aunque esto último podría cambiar.

La migración será un tema clave en este contexto, y Colombia debe prestarle atención. Además, cuando resurgen discursos que vinculan a Colombia con el narco-tráfico y la delincuencia, eso afecta la manera en que somos tratados en el exterior.

Entrevistadora MF: *Teniendo en cuenta esto, ¿qué lecciones deja este episodio para la política exterior colombiana y su margen de maniobra frente a potencias como Estados Unidos?*

Entrevistado PP: Podemos dividir la respuesta entre el ideal que plantea la academia y lo que, en la práctica, es probable que ocurra. La lección de esto es como un lugar común, es la necesidad de fortalecer el servicio diplomático. Pero si miramos el proceso histórico, Colombia ha atravesado crisis similares con otros países. Por ejemplo, la crisis con Ecuador tras el bombardeo al campamento de Raúl Reyes². Fue una violación de soberanía y un ataque en

2. El País. (2008, marzo 2). La muerte de ‘Raúl Reyes’ desencadena una crisis diplomática entre Colombia, Venezuela y Ecuador. El País. https://elpais.com/internacional/2008/03/02/actualidad/1204412408_850215.html

territorio ecuatoriano, pero de inmediato entró en acción el cuerpo diplomático.

Algo similar ocurrió cuando Estados Unidos invadió Panamá para capturar a Manuel Antonio Noriega³. En ese momento, hubo embarcaciones estadounidenses bloqueando el Caribe colombiano, lo que activó los mecanismos diplomáticos para recordar a Estados Unidos que siempre hemos ido en el mismo camino. Es importante aclarar que cuando digo que hemos “ido por el mismo camino”, no me refiero a lo ideológico, sino a lo económico. La economía colombiana depende en gran medida de la estadounidense. Romper esas relaciones traería desempleo y hambre consecuencias muy graves. El problema es que, en la práctica, poco cambiará. Ojalá los políticos prestaran mayor atención a nuestra diplomacia de carrera, pero la realidad es que la cancillería se usa más con fines políticos que estratégicos.

Entrevistadora JR: Siguiendo sus reflexiones sobre la carrera diplomática, ¿qué pasará con la política exterior a manos de Laura Sarabia tras la salida de Luis Gilberto Murillo?

Entrevistado PP: Ella no tiene ni la experiencia ni las capacidades para ocupar ese cargo. Sin embargo, hay que reconocer que muchos embajadores tampoco las han tenido. A veces tienen años de trayectoria política, pero carecen de formación en Relaciones Internacionales.

3. Blasco, L. (2019, diciembre 20). Invasión de EE.UU. a Panamá en 1989: Cómo la “Operación Causa Justa” llevó a la caída de Noriega y la desaparición del ejército en el país centroamericano. BBC News Mundo. <https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-50685275>

El problema con Sarabia es que, además de no tener experiencia diplomática, tampoco tiene experiencia política en términos de relacionamiento internacional. Y en ese sentido, hay que ser realistas: el sesgo etario existe. En política internacional, si te ven muy joven, no te toman en serio.

Su nombramiento es desacertado, aunque podría ser compensado con el trabajo de la Comisión de Asuntos Exteriores. Con suerte, lograrán mantener cierta estabilidad hasta el final del gobierno. Pero nuevamente, esto confirma la diferencia entre el ideal y la práctica: si bien no se nombró a alguien de carrera, había personas con mucha más experiencia que podrían haber asumido ese rol, tanto como canciller como embajador en Estados Unidos. Y es que la diplomacia no se trata simplemente de quién controla el celular a Petro. Eso es un absurdo.

Entrevistadora JR: Para cerrar, ¿hay algo más que quiera agregar?

Entrevistado PP: Las crisis pasan, pero esta en particular ha generado un fenómeno que va más allá de la política: la cultura de la cancelación. La cancelación está ligada a la desinformación y a la restricción de libertades, especialmente la libertad de prensa y de expresión. Se da en distintos niveles. Por ejemplo, algunos periodistas evitan cubrir ciertos temas por miedo a represalias, ya sea en sus carreras, sus empleos o incluso su seguridad personal.

Pero también afecta a la academia y a la sociedad en general. Hoy en día, muchas personas prefieren no expresar ciertas opiniones por temor a ser canceladas.

¿Y quiénes son los que cancelan? Grupos que se organizan para denunciar que determinadas posturas no son correctas y, en última instancia, establecen una especie de control ideológico. Hago el símil con la policía de la moral en Irán: una autoridad que dicta qué es correcto y qué no. Como resultado, muchas personas prefieren guardar silencio. ¿Y cuál es el efecto en la democracia? Que entonces desaparece el debate.

Y cuando desaparece el disenso, aparece el escenario para la autocracia. Si no hay espacio para discutir ideas contrarias, las personas que no se sienten representadas terminan apoyando líderes autoritarios, no por afinidad ideológica, sino porque prefieren evitar repercusiones.

Entrevistadoras JR y MF: Muchas gracias, profesor.

Entrevistado PP: A ustedes.

AINKAA 